

El príncipe de los judíos

“En Oriente y Occidente
su nombre es grande y excelso;
cristianos y árabes se conciertan por su benevolencia”
(Dunas ben Labrat)

Los jardines de Córdoba brillaban bajo la luz tamizada por las viejas acacias, y olían a mirto y a tomillo. La primavera había estallado con fuerza y las frescas orillas del Gran Río mezclaban sus aromas con el olor embriagador de los azahares que cubrían de blanco los naranjos de las huertas que rodeaban la ciudad. La fragancia de la menta inundaba los patios y la ciudad bullía de actividad. Los zocos contemplaban el incesante ir y venir de acémilas cargadas, de compradores y comerciantes, y el griterío de los niños componía nuevas sinfonías de rumores alegres en las plazas y en los patios. En las estrechas calles, el olor a fritangas y especias presagiaba manjares en las mesas, y el pregonar continuo de los vendedores cobraba nuevos bríos. Hacía sólo unos días que habíamos celebrado la Pascua. Era el mes de *nizán*.

Casi sin darme cuenta había transcurrido, con inusitada rapidez, el primer mes de mi estancia en Córdoba. El viaje desde Jaén no resultó empresa fácil. La lluvia me acompañó con insistencia durante los días que

duró el recorrido. Mi abuelo, que había conocido y que gozó de la amistad de Isaac ben Ezra ibn Saprut, padre de Hasday ibn Saprut, ahora hombre notable e influyente en la ciudad y en la corte del Califa, y Príncipe de las comunidades judías de Al-Andalus, insistió en que emprendiese este azaroso viaje hasta la capital del califato. El momento, a su entender, era propicio. Mi abuelo había conocido bien a su padre –del que se recuerda la construcción de una de las sinagogas más importantes de nuestra ciudad -; éste le protegió durante largo tiempo y le ayudó en sus estudios sobre la Torá, a los que mi abuelo se dedicaba desde hacía años con verdadera pasión y maestría.

Una rica familia cordobesa me alojó en su casa, demostrando con creces la tradicional hospitalidad de nuestro pueblo, llenándome de atenciones y colmando la distancia que me separaba de mi casa natal y de mi gente.

No resultó fácil concertar una cita con el *nasí* Hasday, ocupado como estaba en asuntos de suma importancia para el Estado, y que ahora pasaba más tiempo en el palacio del Califa que en su casa de la judería cordobesa. Razón tenía Dunas ben Labrat cuando escribió de este docto hombre que *“en Oriente y Occidente su nombre es grande y excelso; cristianos y árabes se coniertan por su benevolencia”*. Y benevolencia mostró al

recibirme a pesar de mi juventud y de mi escasa relevancia, respetando la amistad de su padre con mi abuelo y en razón de mi condición de judío jienense, pues jienense era toda su familia.

La entrevista, celebrada en las dependencias de la Academia de Gramáticos de Córdoba, a la que dedicaba no pocos esfuerzos, fue breve pero sustanciosa. Aquel hombre de rostro sereno, de porte señorial, vestido con impecable elegancia y de refinados modales, me impresionó desde el principio. Ben Labrat cantaba en el primer poema de la *Tesubot*, la grandeza de este singular personaje, cuya figura llevo grabada en mi memoria desde aquella conversación en la Academia. ***“Busca el bien para su pueblo y expulsa a sus enemigos, / quebranta a los perversos y aniquila a los intrigantes. / Amigo de los maestros, no tiene en cuenta las faltas; / sopesa con calma si se sienta a juzgar. / Trata a los indigentes como un padre a sus hijos, / y sus manos son nubes para los poetas, / como oro, metal finísimo, ónice y turquesas, / en invierno derraman lluvias y en verano aguaceros”***.

Me sorprendió que un hombre de su importancia y de su prestigio aún no se hubiera casado. Era Jefe de las aduanas del califato y, al parecer, el Califa no le había nombrado primer ministro por miedo a que los nobles

musulmanes de Córdoba viesan con malos ojos que tan alta dignidad la ostentara un judío.

Desde aquella primera entrevista, que tenía como finalidad expresarle mis deseos de dedicarme a la medicina y a la farmacología, dos ciencias en las que él brillaba como verdadero experto, he vuelto tantas veces por esta Academia, auténtico emporio del saber, que reúne a los más importantes gramáticos que jamás hubiese yo podido imaginar, mi pasión por la medicina se ha transformado en auténtica pasión por el estudio de nuestra lengua hebrea que, a mi modesto entender, aquí está cobrando una inusitada importancia y alcanza tan relevantes transformaciones que no pueden sino redundar en beneficio de la poesía que ahora se produce en Córdoba con especial brillantez en nuestra lengua.

El hecho de saber que nuestro Príncipe Hasday ha sido el inventor de la *triacca*, el medicamento que libra a los mortales de tantas y tan peligrosas enfermedades, ha pasado a segundo plano al contemplar la fecunda acción que éste está desarrollando con auténticos sabios que obtienen para nuestra lengua un esplendor como nunca hasta ahora lo tuvo. Terminaré por convencerme de lo que ya en Córdoba es moneda común: que estos correligionarios míos cordobeses no son sino los verdaderos descendientes directos de las tribus de Judá y Benjamín.

Así llevo dos semanas acudiendo diariamente a la Academia y ya son tres las entrevistas que he logrado mantener con Hasday Ibn Saprut. Él me atiende con paciencia, a pesar de sus numerosos quehaceres y del trabajo que a diario lo ocupa en cuestiones de estado, al lado del Califa. Labor que lo retiene abundante tiempo en la Corte. Es parco en palabras, pero cuando se expresa lo hace con ponderación y sabiduría, y todas sus indicaciones no son sino tesoro del que trato de hacer acopio. Sin embargo, el ambiente de estos días en la Academia no es precisamente tranquilo. Noto en el aire cierto clima de crispación, y las disputas entre los maestros se han hecho ácidas y violentas. Por lo visto, es hartamente manifiesto el enfrentamiento entre Menahem ben Saruq, hasta hace poco tiempo secretario de Hasday Ibn Saprut y protegido suyo desde su llegada de Tortosa, con Dunas ben Labrat, que no desperdicia ocasión alguna para desprestigiarlo en público y en privado y para llenar sus escritos de hirientes acusaciones, influyendo incluso en el ánimo de mi ahora protector, que lo ha despachado de su casa con algo más que cajas destempladas. La tensión llega, a veces, a unos límites que, a pesar de mi juventud y mi ignorancia, me hacen temer consecuencias que apaguen el esplendor de este importante foco cultural, el más importante a mi entender, de todo Sefarad e incluso del resto de la diáspora, con la que Hasday mantiene continuas y estrechas relaciones,

gracias a su sabio hacer como embajador y diplomático; que también lo es de la corte del Califa.

Son muchos los servicios que en este sentido ha prestado al señor Abd Al-Ramhâm. A pesar del tiempo transcurrido, todos siguen hablando del viaje de Hasday al reino cristiano de Navarra por petición del Califa mismo al que acudiera en demanda de ayuda una singular mujer, de nombre Toda y que, por lo visto, reinaba en aquellas tierras del norte. Al parecer, el que ya es rey de León, Sancho, es nieto suyo y perdió aquel trono por su exagerada obesidad, pues a ésta achacaban una supuesta perturbación de su mente y hacía que lo consideraran inepto para reinar, como lo era para montar a caballo y para conducirse con agilidad y soltura. Preocupada la reina, solicitó a nuestro señor Abd Al-Ramhâm III, *al-nasir-li-din Allah*, curación para su nieto y ayuda militar para reconquistar el trono de León. Y allí viajó Hasday ibn Saprut, en nombre del Califa, para remediar como médico los males del tal Sancho. Objetivo imposible en aquellas atrasadas tierras del norte, tan faltas de medios y conocimientos científicos, así que convenció a la regia abuela y a su nieto para que emprendiesen viaje a esta capital, con el fin de acometer el tratamiento adecuado y a la vez negociar con el propio Califa la ayuda militar requerida. Toda Córdoba recuerda la visita de aquel singular cortejo encabezado por una vigorosa anciana a la que se le rindió tratamiento regio

y se la agasajó con toda clase de actos y regalos. La sabiduría y los remedios de Hasday, que le trató con plantas medicinales y le impuso un duro ejercicio físico, obtuvieron la curación y, de camino, la reina consiguió la ayuda militar deseada tras prometer al Califa que a cambio le entregaría diez fortalezas a orillas del que llaman río Duero; promesa y compromiso que una vez obtenida la victoria, olvidó para insatisfacción y disgusto de nuestro reino.

Ahora, según me contó ayer mismo el propio Ben Labrat, nuestro príncipe se halla trabajando con un monje cristiano, de nombre Nicolás, en la traducción de una obra antiquísima, rica, por lo que he logrado saber, en conocimientos y fórmulas medicinales que pueden traer alivio a un sinnúmero de padecimientos. Por lo visto, y gracias, seguramente, a la acción diplomática que el propio Hasday lleva a cabo, el emperador de Bizancio, Constantino III, cuya amistad procura no pocos beneficios a nuestra flota en el Mediterráneo, le envió de regalo un libro en jónico antiguo, que Ben Labrat llama griego. Su autor era Pedanio Dioscóride y es un tratado de materia médica. Hasday conoce perfectamente el romance y el latín, que aprendió en su juventud de un clérigo cristiano, además del árabe que habla y escribe con asombrosa fluidez y pulcritud. Con la ayuda del monje Nicolás, están traduciendo a la lengua del califato este libro, del que tanto se espera. Ya no me sorprende nada de lo que me cuentan del príncipe

Hasday ibn Saprut. Es cierto lo que Ben Labrat dice de él, pues *“está ceñido de gloria y majestad, revestido de la ayuda divina”*, de lo contrario no sería explicable su grandeza. Es lógico que cuente con el favor y el aprecio del propio Califa.

* * *

Esta tarde, he vuelto desconcertado a la casa de mis protectores, donde me alojo, un amplio palacio cerca de la mezquita-aljama, que es lugar de rezos para los musulmanes, y el mayor oratorio de la ciudad. En ella se reúnen los viernes un considerable número de creyentes para orar y oír las explicaciones que sus imanes dan sobre el libro sagrado que ellos llaman Alcorán. Mi admiración hacia Hasday se ha convertido en grave desconcierto y ha empañado la imagen que de él me había construido en estos meses de estancia en Córdoba. Los hechos se han difundido por la aljama como una mancha de aceite y han removido las vísceras de más de uno. No acierto a dar explicación de lo que mis ojos han contemplado hoy. Tampoco concuerda con los hechos que de él se relatan y que obtienen a diario la confianza de todos nuestros correligionarios. Y no consigo entender comportamiento tan mezquino en un hombre que tan grandes miras tiene y que tanta compasión dicen que muestra hacia las comunidades de Al-Andalus y hacia las más remotas, fuera ya de nuestras fronteras. Un hombre sabio que protege el saber y fomenta la ciencia, que

mantiene relaciones con las academias talmúdicas del lejano Iraq o con las de Kairuán, que escribe hermosas cartas y envía ayudas al rey de los Jázares, el reino judío que se extiende a lo largo del bajo Volta, entre el mar Caspio y Criméa, cerca del lejano Cáucaso, no puede comportarse de este modo. Contradice a la inteligencia humana que proteja a los judíos de Italia y se comporte con tanta ruindad en la propia judería de Córdoba.

Ayer mismo, me informó uno de sus colaboradores que Hasday andaba preocupado por una gestión que él mismo se impuso para salvar a unos judíos de un oprobio anual y vejatorio al que se ven sometidos nuestros hermanos. Una vejación que en la ciudad de Toulouse, al otro lado de los montes Pirineos, reciben los judíos por mano de los cristianos, que en aquellos reinos ostentan el poder. Al parecer, a pesar de su esfuerzo no ha obtenido éxito y a fe que no guarda esperanza de obtenerlo en breve. Por lo visto, allí, en vísperas de la Pascua, obligan a que un judío se presente en la puerta de la Catedral y haga una singular ofrenda al obispo, que es el jefe religioso de los cristianos de la ciudad, según me ha explicado con detalles un mozárabe que vive en el arrabal de Sequnda, al otro lado del Guadalquivir. La ofrenda consiste en treinta libras de cera para las velas que iluminan la iglesia. Quieren así recordar la traición que el que ellos consideran Mesías y Señor, Jesús de Nazaret, sufrió por parte de uno de sus seguidores de nombre Judas el Iscariote. Pretenden reparar de esta manera

la traición de un judío que llevó a la muerte al que es mucho más que un líder para ellos, olvidándose que también Jesús de Nazaret era judío, como todos sus seguidores, como su madre misma, a la que veneran también estos cristianos, con una devoción que a mí me resulta exagerada. Extrañas costumbres éstas de los cristianos. Un desagravio que el año pasado costó la vida a un judío de la aljama de Toulouse, pues como pago a la ofrenda no hay agradecimiento por parte del obispo. Todo lo contrario; el judío en cuestión recibe como pago una bofetada. El año pasado el obispo pegó con tal fuerza que causó la muerte a nuestro hermano. Hasday ha puesto en marcha toda la maquinaria diplomática en su poder para convencer a los gobernantes de aquellos reinos de que acaben con esta humillante e injusta tradición, sin conseguirlo. Comprendía, por consiguiente, y compartía, al igual que todos los judíos de esta aljama, su tristeza. Y el hecho de verle luchar por causas tan nobles enardecía su figura ante mis ojos.

En ello estábamos todos, cuando Hasday nos ha sorprendido con una actitud que no sé ni casar ni relacionar con tanta benevolencia hacia los que están lejos. Hoy ha dejado apalearse en su presencia al propio Menahen ben Saruk, el que fuera secretario y protegido suyo, hombre de letras y saber, al que encargó en su día el *Mahbéret*, importante diccionario hebreo que, por cierto, ha llevado a término con pulcritud. Dicen, además, que el nasir no ha cumplido su compromiso de pagarle. Ha mandado demoler su casa y ha

hecho que se le confisquen todos sus bienes. La justicia de los hombres es así de miserable. Tampoco Hasday, al que tanto admiro, ha podido escapar de esta pobreza. Es juez de nuestra aljama, pero su justicia es también renqueante, miserable y raquítica. En ello, ha tenido buena parte mi maestro Dunas ben Labrat, especialista en gramática y poesía pero también en calumnias y maledicencia –que Adonai, bendito sea su nombre, me perdone este pensamiento- de cuya influencia no ha podido liberarse el príncipe. Y la ceguera le ha hecho flaco favor al que tanto alardea de ser protector de los pobres y defensor de los judíos. La balanza, esta vez, se ha inclinado de la parte más miserable, cargada por el peso de la venganza más ruin y de un abuso de poder que ha zarandeado como un terremoto la judería.

Las luces y las sombras que componen, sin solución de continuidad, el día y sus contornos. Conviven como en el día de hoy, que llena de tristeza este ocaso que pudo ser hermoso y que ahora niebla mis ojos, cuando apenas faltan dos días para que vuelva a Jaén. Aquí, en la Córdoba que me acoge, los últimos rayos se van escapando por la línea quebrada de esta sierra que tapia el horizonte, sumiendo en la oscuridad los campos. Luces y sombras, noche y día, componen las jornadas de los hombres. Desde mi ventana veo encender las luces que iluminan las calles cordobesas. Pero son una ficción del sol. Espero el amanecer, para cobrar

de nuevo la esperanza. Salomón, mi protector, el dueño de la casa que me aloja, me ha mirado con ternura cuando le he narrado, escandalizado, los hechos presenciados y su mirada ha hecho que me sintiera demasiado joven e ignorante. No ha emitido el menor comentario y me ha aconsejado entrar en mis habitaciones e intentar descansar. En ellas me he recluido con una sensación de desconcierto y rabia que no logro desterrar de mi ánimo. Intento obedecer el consejo de Salomón y dejar que las aguas vayan volviendo mansas a su cauce. Sin embargo, las horas de la noche van transcurriendo lentas y a mis ojos no termina de llegar el sueño.